

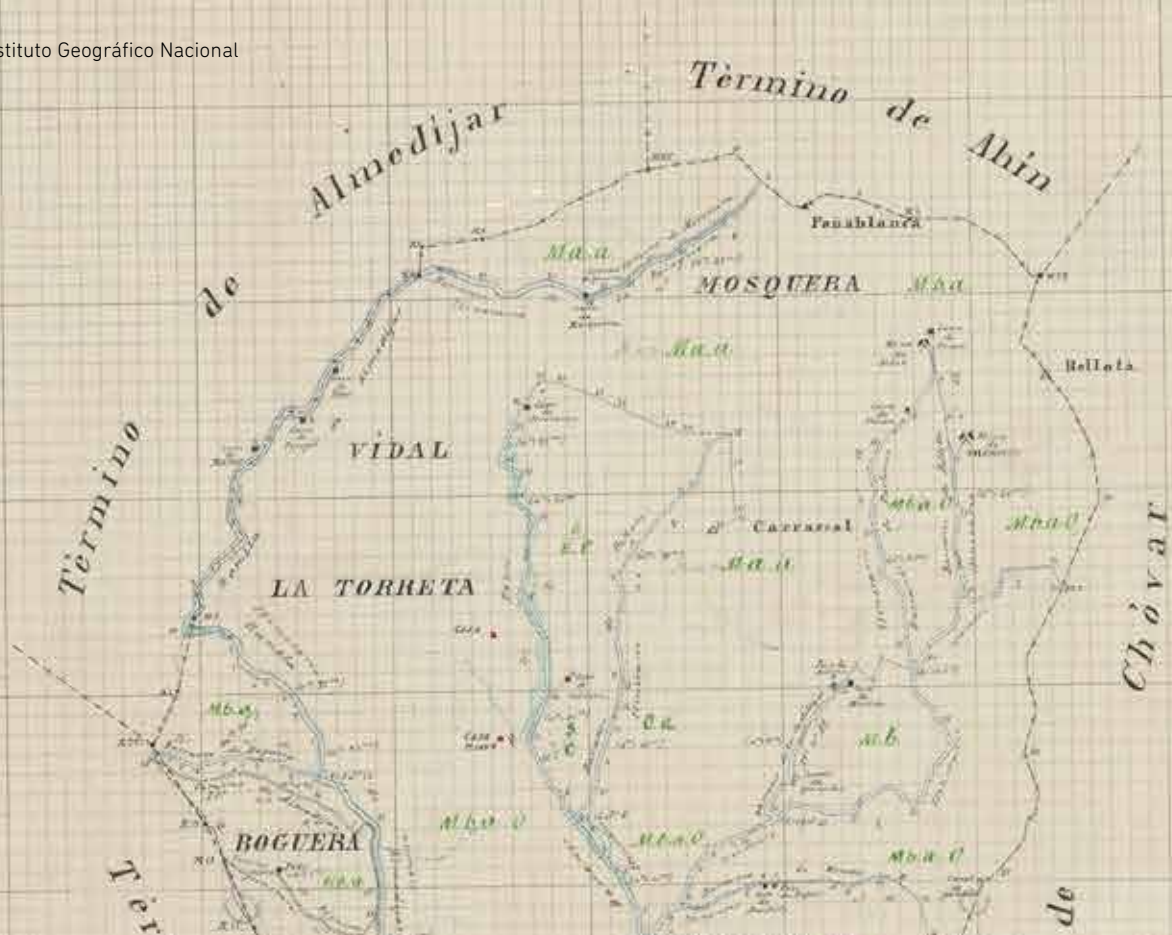
BOSQUERA

JUANMA PÉREZ

à

BANDAÀPARTE
WANDERLUST

Fuente: © Instituto Geográfico Nacional



Alegato de un descubrimiento

por Juanma Pérez

BOSQUERA no se encuentra en los mapas. Sin embargo, el reciente hallazgo de una carpeta con dibujos, textos y algunas fotografías de un *bosque*, de la mano de un personaje llamado Martín Castro, parece desmentir esta primera afirmación. Bosquera debe existir. A través de sus dibujos y escritos conocemos a Martín, un pseudonaturalista aficionado a la literatura y el arte, a la botánica, ornitólogo a ratos, y descubrimos un lugar único, un paraje singular y de gran valor ecológico y etnológico: «La espesura aumenta a medida que se asciende y al rebasar los quinientos metros de altitud estamos ya en plena selva, en los densos alcornoques de la Bosquera», escribía en 1915. Pero ¿por qué —hace ahora cien años— un hombre de ciudad queda tan impresionado por un bosque de alcornoques? ¿Qué tiene de mágico ese lugar y dónde se encuentra?

Muy poco se sabe de Martín Castro más allá de lo que se deduce de los dibujos, escritos y objetos hallados que le identifican, sin embargo, esta investigación artística descubre que algunos de los lugares que dibujara Martín hace un siglo siguen vigentes e intactos en muchos casos, y que a pocos kilómetros del mar, en el interior de las montañas de Castellón, en un valle de difícil acceso, se hallan los bosques que le deslumbraron: Mosquera

es su verdadero nombre. A través de estas páginas recorreremos tan singulares parajes, viajando en el tiempo y el espacio para completar la fascinante relación de un hombre con un bosque, tan real como ficticia. «Martín, quisiera que me acompañes a un lugar privilegiado», le dijo José María Lluelles en la Barcelona de principios de siglo XX. Estas páginas ilustran aquel enigmático viaje y fijan en el mapa tu próxima ruta: *Bosquera*.

El universo de Martín Castro y Mosquera

por Pablo Vidal González

Pablo Vidal González es profesor de Antropología Social y Cultural y Director del Instituto Universitario de Antropología de la UCV. Es especialista en la relación entre el ser humano y el medio natural, especialmente en el medio rural.

LA FAMILIA LLUELLES, originaria de Solsona, pasó a residir en Barcelona como parte del éxito en los negocios que había conseguido, gracias a la actividad suberícola. Entre sus máximas satisfacciones se encontraba la masía Mosquera, a la que solían acudir todos los veranos para disfrutar del aire puro y de la tranquilidad de ese entorno de la Sierra de Espadán.

En 1915, Martín Castro, buen amigo de la familia, interesado en conocer bien a fondo la vida en un entorno rural y alejado de las grandes urbes, fue invitado a pasar un año en la masía, aprovechando que las estancias de la parte superior de la casa eran amplias y estaban desocupadas, a excepción del periodo estival.

Para Martín, de origen turolense, pero que había vivido prácticamente toda su vida en la febril Barcelona, en plena expansión industrial del textil y que empezaba a albergar una creciente población para trabajar en sus fábricas, Mosquera fue todo un contraste. La masía se encontraba no solo bien alejada del entorno urbano, sino también a cierta distancia de las pequeñas poblaciones de Aín, Almedíjar y Azuébar, aunque comunicada con estos pequeños pueblos de la Sierra de Espadán por caminos de herradura.

Mosquera tenía su propio ciclo vital, que terminaba a finales de agosto, cuando concluía la temporada estival de la saca de corcho y las pilas

de este material se agolpaban, tras ser hervidas y planchadas en la cubeta aladaña a la casa, junto a la masía, señalando la exuberancia de la producción y a la espera de su traslado a las fábricas de Palafrugell. El visitante convivió con los caseros, Ramón y Festiva, que vivían en la planta baja de la casa y permanecían en ella, con sus cuatro hijos, durante todo el año. Debió de acompañarlos en las primeras tareas de recogida de leña para preparar el frío invierno, pero también en la recogida de las almendras, los higos, las uvas y las castañas que anunciaban el otoño, así como la poda de los frutales que adornaban la huerta bajo la casa.

Por paradójico que pudiera parecer, el entorno no favorecía la desconexión, a pesar de encontrarse en un lugar apartado, pues, además del bullicio familiar, desde principios de noviembre compartió la casa con un pastor trashumante que, llegado desde las frías tierras de Teruel, pasaba los seis meses de invierno en la finca con su rebaño. Seguro que con él hablarían de familiares y conocidos comunes. El pastor le sería de gran ayuda para conocer los rincones de la propiedad e identificar las estrellas y los ruidos de la noche, así como las numerosas plantas y hierbas medicinales que crecen a la sombra del alcornocal.

El trasiego en la finca era constante y ni siquiera el frío invierno lo ralentizaba. Era el momento de los carboneros, que aprovechaban las ramas y troncos desechados por el casero para transformarlos en carbón y que encontraban también acomodo junto a la casa, quizá en el cercano pajjar. El espectáculo de las carboneras debió maravillar al visitante, con sus estructuras de leña recubiertas de tierra y su largo proceso de humeante combustión, vigilado de cerca por la cuadrilla.

Un momento memorable, por su simbolismo de abundancia y prosperidad, sería el participar en la matanza –que todos los años hacían Festiva y Ramón– del cerdo que habían alimentado durante el año en el corral anejo a la casa y que daría embutido fresco y buen tocino para aliñar las comidas. También en esa época venían algunas mujeres de Aín, por el sendero histórico que pasaba por la masía en su camino a Almedíjar, para escardar el trigo sembrado en las tablas cercanas a la casa.

A pesar del aislamiento buscado por nuestro personaje, muy pronto su nombre debió de correr como la pólvora por los alrededores. A esa propagación ayudaría la visita semanal de la pareja de la Guardia Civil, las subidas y bajadas constantes de los hijos de Ramón y Festiva a la escuela rural de

Almedíjar, la más cercana a la casa, así como el paso del cartero, un peatón que realizaba el trayecto desde Almedíjar a Aín por Mosquera y vuelta, llevando la correspondencia, pero también las novedades de un sitio a otro.

Martín debió de alegrarse sobremanera al ver como los almendros instalados en las terrazas, encima de la casa, anunciaban los primeros, con su aparatosa floración, la llegada inminente del buen tiempo, lo que seguro serviría de inspiración para su producción artística.

La primavera era un momento de esplendor en la finca, pues la floración de este paraíso botánico, que tanto agradaría a nuestro personaje, era el reclamo perfecto para los colmeneros, que llegaban en estas fechas a depositar las casas hechas de corcho para las abejas. La Pascua era el momento elegido por los habitantes de los pueblos vecinos para acercarse a los parajes en torno a la casa, a la Fuente de la Esbarosa. A la sombra de los grandes alcornoques de la umbría se preparaban unas paellas fantásticas, comprando algún conejo a Festiva. Otras personas importantes de Segorbe, amigos de los Lluelles, también aprovecharían para compartir con el huésped varios días de asueto.

La despedida del pastor, el día de las cruces de mayo, sería un momento de emociones encontradas, siempre dulcificadas por el cordero a la

brasa con el que seguro celebrarían los muchos momentos vividos juntos y con los que el pastor agradecía a la familia Navarro Soler.

Sin embargo, la llegada del mes de junio producía una revolución en la casa, de la que Martín tuvo que ser testigo directo. Los caseros sabían que la familia Lluelles, José María y Dolores, llegaría pronto para pasar un tiempo en la casa y supervisar las delicadas tareas de la saca del corcho. El ritmo se volvía frenético, para limpiar bien a fondo el piso noble, hasta entonces solo utilizado por el huésped, pero que ahora tenía que alojar a los dueños venidos de Barcelona. Sábanas, cortinas, almohadas, manteles, tenían que ser desempolvados y planchados.

Los momentos más ruidosos llegaban con la presencia de las cuadrillas, varias, de sacadores de Aín y Almedíjar, que se afanaban para extraer el corcho de las partidas. Con frecuencia pernoctaban en lo alto de las colinas, pero el trasiego de las mulas cargadas de corcho, las pilas que iban creciendo, el trabajo de la caldera y las comidas para todos hacían que los caseros, a quienes seguro ayudaría Martín, tuvieran que intensificar su trabajo.

Nuestro protagonista, Martín Castro, pasó un año en profunda relación con la naturaleza, con las montañas del corazón de la Sierra de Espadán, pero también compartió, en su afán por conocer un entorno diferen-

te, el trasiego de todos los constructores de este paisaje tan impresionante. Es gracias a ellos, a todos esos actores anónimos, que nuestras generaciones, cien años después, pueden seguir maravillándose de un espacio que seguro dejaría una huella imborrable en la memoria de este curioso personaje llamado Martín Castro.



Martín Castro (primero por izquierda, de pie) con visitantes a la masía. Fotografía de sales de plata. c. 1916

Bosquera

Martin Castro



1-15
L. G.



187 Oct 16
5.67 Oct 13

Martín Castro 1915/1916

fragmentos

Se transcriben a continuación los fragmentos conservados, manuscritos o mecanografiados, de Martín Castro y que fueron hallados en compañía de los dibujos que ilustran estas páginas. Los textos son reproducidos con su ortografía original y en supuesto orden cronológico (solo alguno de ellos está fechado). Tanto los dibujos como los fragmentos encontrados formarían parte de un cuaderno llevado por Martín durante su estancia en Mosquera entre 1915 y 1916, donde registró sus reflexiones y admiración por el bosque de alcornoques que rodea la masía de Mosquera, que el autor llama reiteradamente Bosquera, en un curioso y personal juego de palabras que se ha respetado.

ESTOS DÍAS EN BOSQUERA están llenos de sorpresa y regocijo. El largo paseo de ayer me permitió alcanzar las más altas colinas circundantes, siguiendo la senda nueva que asciende por la umbría, desde la fuente, dirección sur. Me detuve en varias ocasiones bajo algunos de aquellos inmensos alcornoques, para deleite de los sentidos y para disfrute del silencio. Fue así como pude contemplar al hacendoso arrendajo, recolectando las bellotas más inaccesibles, observado a escondidas por el trepador, delatado por su azul. Los sonidos de la casa, ya lejanos, permitían disfrutar del chasquido de las hojas al andar y la sola brisa rozando ramas era música para mis oídos y compañía para el camino. Grata compañía, la del silencio, si se desea pasar inadvertido a los ojos de los más huidizos animalillos de este bosque sublime. Pero no solo vida en el sendero, sino historia en los caminos, y en los recios troncos de alcornoque figuras imposibles, ríos y volcanes grabados por un ejército de xilófagos, lindes y trazadas de la mano del hombre, en cada capa de este corcho, mapas del mismísimo Ptolomeo a cada paso.

(...)